

ros á civilizarse; á ellos únase el recuento de luchas cruentas y la victoria definitiva de los grupos cultos, unidos en la defensa de sus nuevos penates, y la segregación de los refractarios al progreso, y su fusión, en los vericuetos inaccesibles de las montañas, con los otómies aborígenes.

En estos mal ligados señoríos del imperio feudal de los acolhuas, á otro día de las grandes batallas por la vida de la civilización, surge una entidad, á orillas también del lago, que estuvo á punto de absorber y avasallar todo el imperio: el señorío de los tecpanecas en



Aztlán. Códice Aubin

Atzacapotzalco, acaudillado por caciques ó reyes de feroz energía, llegó á sojuzgar todo el Valle, y sin la presencia de los meshi y su unión con los acolhuas, Cortés habría encontrado, no un imperio azteca, sino tecpaneca en Anáhuac.

**Los meshi.**—Si las analogías y los paralelismos tuvieran, por regla general, en la historia, otro valor que el puramente literario, se podría caer en la tentación de mostrar, en estas regiones mexicanas, una especie de compendio

de la distribución de la historia antigua de los pueblos del Viejo Mundo; se pondría en parangón la historia de los pueblos orientales con la de los maya-kichés, se hallaría en los toltecas á los helenos de la América precortesiana, y á los aztecas ó meshi se les reservaría, no sin poder autorizar esto con ingeniosas coincidencias, el papel de los romanos.

Prescindamos de estos fáciles ejercicios retóricos y resumamos la evolución vital del grupo azteca, que debió á la fuerza el privilegio de encarnar ante la historia el alma de otros pueblos de mayor valor intelectual y moral que él.

Algunos cronistas agrupan bajo el nombre de *las siete tribus nahuatlacas* á algunas de las poblaciones que luego florecieron en el Valle y aún fuera de él y que hablaban el nahoa; es arbitraria esta denominación: los tlascaltecas, por ejemplo, son chichimecas (los teochichimecas), emigrados del Valle y conquistadores de la población tolteca, de que recibieron su nombre y en la que se civilizaron, se *nahualizaron*. La verdad es que varias familias

nahoas, escurriéndose del Norte al Sur, quizás de las cuencas de los ríos que hoy están al Norte de nuestra frontera, bajaron por las vertientes del Pacífico y, huyendo las vastas aglomeraciones de nómades que iban formando depósitos movedizos, en guisa de médanos humanos, en las mesas central y septentrional de la gran altiplanicie mexicana, subieron á la altura de los valles de Anáhuac, siguiendo poco más ó menos idéntico itinerario; dejaban sembrado su paso con grupos rezagados, que todavía hoy en la geografía de las lenguas vernáculas forma una corriente que marca con señales vivas el antiguo paso de los nahoas. La última de las tribus, afirman los cronistas, que tomaron parte en este éxodo secular fué la de los aztecas, los de Aztlán, el lago de las garzas, situado en las costas sinaloenses, según Chavero; recorrieron en lentas etapas el Occidente y se encontraron con los grupos tarascos, que tenían una cultura peculiar. Los sacrificios sacramentarios tuvieron los mismos ritos, idéntico ceremonial en todos los pueblos cultos del México actual, lo mismo entre los nahoas que entre los tarascos y los maya-kichés, lo que indica claramente un solo origen, y este origen es tolteca, es casi la marca del influjo tolteca en toda la región ístmica; estos pueblos singulares encontraron la transición entre el canibalismo de las tribus hambrientas y el antropofagismo religioso, en que el esclavo y el prisionero, sacrificados y comulgados, es la palabra, unían al hombre con la divinidad, pues éste fué un progreso respecto del canibalismo puro; los que adoptaron el rito sanguinario, sólo en determinadas fiestas celebraban el repugnante banquete y nunca fuera de él, y quedó así reducido.

Los aztecas conocieron estas prácticas religiosas en Michoacán; de allí las tomaron y allí dieron á su divinidad principal, que era el espíritu del ancestro guerrero de la tribu, el nombre de colibrí (Huitziliposhli), el ave característica de las comarcas tarascas, la que había dado onomatopéyicamente su nombre á la capital misma del reino á orillas del Pátzcuaro, Tzintzontzan. Una casta sacerdotal, un grupo de ritos y leyendas religiosas, forma primera de la historia, éste fué el bagaje moral, digámoslo así, con que salieron de la región tarasca las tribus aztecas. Pueblo lacustre, había venido peregrinando de lago en lago, de Aztlán á Chapalan, de aquí á Pátzcuaro y Cuitzeo, y por último, á las lagunas del valle de México. En torno de ellas peregrinaron los aztecas sin cesar, desde los comienzos del siglo x hasta los comienzos del siglo xiv. Venidos de una región en que abunda el agave americana, el maguey ó metl en nahoa, cuando encontraron en el Valle una comarca rica en esta planta, para ellos divina, de donde venía el nombre de su primitivo dios, los transmigrantes se detuvieron, y ó inventaron ó propagaron el uso del jugo fermentado del metl, el que hace á los hombres felices, porque los hace valientes: fueron conocidos desde entonces con el nombre de *meshi* ó *meshica*. Los toltecas, por su desgracia, conocieron y gustaron de la invención mexicana, que contribuyó no poco, interpretando las leyendas, para mantener entre ellos la discordia y acelerar su ruina. La destrucción del imperio tolteca, en la que los meshica tomaron parte, sin duda, era una coyuntura para fijarse definitivamente junto al lago, aprovechando el desconcierto general. No lo lograron; arrojados del formidable peñón de Chapoltepetl por la coalición de los régulos del Valle, sometidos á la esclavitud por los colhuas y emancipados, en fin, gracias á su fiereza y al odio universal que la ferocidad de sus ritos inspiraba, pudieron establecerse dentro del lago mismo; se distribuyeron en los dos islotes principales, construyeron con lodo y carrizos sus miserables cabañas pescadoras, levantaron un templo, un *teocali*, á sus dioses patronos y obede-

cieron ciegamente los consejos de su guía y oráculo Tenoch; las pequeñas y miserables aldeas insulares se llamaron Tlaltelolco, y la mayor Tenochtitlán. (Del fonograma de Tenochtitlán sobre roca, vino con el tiempo la leyenda del águila y el nopal, de donde nació el actual escudo de la nación mexicana). La ciudad fundada por Tenoch, y regida por él y sus descendientes algún tiempo, en cuanto pudo ser percibida por los ribereños del lago, tuvo que pagar tributos al *Tecpanecatl* de Atzacapotzalco y que contribuir á las guerras que constantemente sostenía el belicoso señor.

Los meshi cambiaron su gobierno, de teocrático, en una especie de monarquía electiva y llegaron á celebrar alianza con los reyes acolhuas; despojados de buena parte de su territorio por el señor tecpaneca; esta alianza les fué fatal en los comienzos, y alguno de los señores de Tenochtitlán murió en el cautiverio; mas no desmayaron, y algún tiempo después lograron los meshi y sus aliados, los acolhuas de Teshcoco, vencer á los tecpanecas,

matar á su indómito monarca y reducir al vasallaje el señorío de Atzacapotzalco; de entonces data el imperio azteca.



Fundación de México. (Jeroglífico de Durán)

**Los intermediarios entre las dos grandes civilizaciones.**—Nuestro país está sembrado de soberbios monumentos cuyos autores nos son desconocidos,

como los de los arruinados edificios que existen cercanos á Zacatecas (la Quemada), en los que entrevén algunos cronistas una de las grandes estancias de los ambulantes pueblos nahuatlacas, el legendario Chicomoshtoc por ventura; como los de Shochicalco, que algunos creen obra de los constructores del Sur y que más bien parece tolteca. En los actuales Estados de Oaxaca y Michoacán tuvieron sus núcleos primordiales dos civilizaciones que son, sin duda, mezcla de tres elementos, el aborígine y dos advenedizos, el maya-kiché y el nahoa.

Los de Michoacán (tarascos) no informaron una civilización monumental; su monumento es su lengua, de aspecto completamente distinto del de las lenguas nahoas ó ístmicas y en la que algunos de sus descendientes han creído ver, en nuestros días, señales de parentesco con el idioma de los Incas; el área lingüística de los tarascos se extendió por parte de Querétaro y Guanajuato. La capital de los tarascos estuvo situada á orillas de la pintoresca laguna de Pátzcuaro y tuvieron una organización social (industrial sobre todo) bien ingeniosa y una organización política que llegó á ser monárquica, pero saturada de teocratismo, como la de la mayor parte de los pueblos cultos de estas regiones. Ya lo hemos dicho: sus ritos eran feroces, y sus leyendas dramáticas é interesantes por extremo. Los tarascos eran tan belicosos, que siempre vencieron á los meshicas; sin embargo, no opusie-

ron resistencia alguna á los españoles; la suerte de Tenochtitlán, la enemiga hereditaria, les sumergió en el estupor en que se olvidan el honor y la patria.

Los tzapotecas en las sierras oaxaqueñas sí tuvieron una cultura monumental; se han descrito muchas de sus ruinas, se ha hablado de los restos de sus ingeniosísimas fortificaciones, de sus industrias, de su exquisita manera de trabajar los metales, como el oro, con gusto verdaderamente artístico, y de sus magníficos edificios moribundos, muertos ya, mejor dicho, y en estado de disolución sus restos.

Algunos ven en los tzapotecas y los mishtecas, sus congéneres, la misma familia de los maya-kichés; otros los suponen nahoas de la primera inmigración, proto-nahoas, como había proto-helenos ó pelagosos; la verdad es que las comarcas tzapotecas fueron teatro de la fusión completa de los elementos ístmicos de las poblaciones cultas de la América anterior á la conquista. La ciudad sacerdotal de Mitla, la ciudad de la muerte, contiene en los vestigios de sus maravillas arquitecturales la comprobación de esta verdad.

En suma, nuestro país vió crecer dos grandes civilizaciones espontáneas: la nahoa y la maya-kiché, y algunas otras indican una evolución consciente, un esfuerzo continuado, un cúmulo estupendo, sin hipérbole, de facultades que se atrofiaron lentamente en un período que comenzó antes de la conquista y continuó después.

Sacudido el yugo tecpaneca, celebrada la alianza entre los vencedores, que se repartieron los despojos del vencido señorío, el imperio de los meshicas comienza su gran período final. En él descuellan gigantescas las figuras del primer Motecuhzoma y de Netzahualcoyotl, aquélla un producto superior de una raza guerrera y activa como ninguna; el segundo, el postrero y mejor fruto de la cultura tolteca. Lo que no sin cierta razón se ha llamado «el imperio azteca,» no tuvo tiempo para consolidar su dominación, ni ésta habría sido tan extensa como el dilatado espacio por donde extendió sus victorias pudiera hacer creer (desde las cuencas del Pánuco y el Lerma hasta Guatemala), porque en el centro mismo del señorío mexicano los aztecas tuvieron siempre irreconciliables enemigos y porque no tuvieron otro medio de conquista que el terror y la sangre.

Motecuhzoma Ilhuicamina fué el alma de la guerra de independencia y de la destrucción del señorío dominante de Atzacapotzalco; él sometió á tributo y vasallaje las poblaciones del Valle, indóciles y bravías muchas de ellas; sojuzgó á los huastecas de la cuenca del Pánuco y clavó las insignias victoriosas de Huitzilpochtli en las playas del Golfo, desde Tochpan hasta Coatzacoalco; en los actuales Estados de Oaxaca, de Guerrero y de Morelos penetraron sus ejércitos y sembraron el espanto, destruyendo los templos, incendiando los caseríos, pasando á cuchillo la parte inválida de las poblaciones, talando las sementeras y capturando centenares de prisioneros, que, convertidos en víctimas sagradas, servían para los interminables festines de muerte de los antiguos dioses de la tribu; para asegurar las conquistas, sembraba de colonias los países sojuzgados; algunas son hoy ciudades florecientes.

Vicario de dios y adorado como un dios, Ilhuicamina no sólo brilla como conquistador en la historia, sino como sumo sacrificador, y si su figura guerrera es grandiosa, es aterradora cuando, en la dedicación del templo de Huitzilpochtli, aparece en la cima del gran teocali, irguiéndose ante las multitudes espantadas, rodeado de los sacrificadores, todo untado